

## NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

### Reseñas

Iturriaga, José E., **México en el Congreso de Estados Unidos**, México, SEP/FCE, 1988, 417 pp.

Cuando los padres Franciscos  
te vienen a visitar,  
es porque algo te quieren pedir  
o algo te quieren quitar.\*

En la no muy amplia bibliografía de las relaciones México-Estados Unidos destaca, como hecho de singular importancia, la compleja vecindad entre dos países unidos por la geografía y separados por la historia, cultura y desarrollo económico. En el siglo de la interdependencia esto adquiere hoy una relevancia mayúscula. Para cualquier observador atento la afirmación es evidente, no tiene uno más que asomarse a los registros de la prensa nacional y de allende la frontera.

Sin embargo, el tema no ha sido estudiado con la extensión y la profundidad que requiere. Pareciera que mientras más avanzamos en la historia más nos desatendemos de ella. México es un país de amplia vocación histórica, de grandes historiadores (bastaría para justificar la expresión mencionar a Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Justo Sierra o, más recientemente, a Daniel Cosío Villegas, todos ellos comprometidos con el recuento y la interpretación históricos) y, al mismo tiempo, de escasa producción historiográfica. Y hoy, en plena obsesión por la modernidad, nos hemos olvidado de la importancia que para los antiguos mexicanos tenían dos conceptos conexos que ahora llamaríamos "tradición" e "historia": *Itoloca*, "lo que se dice de alguien y de algo", y *Xiuhámatl*, los "anales o códices de años".<sup>1</sup>

En el capítulo de la relación México-Estados Unidos, sin lugar a dudas el más importante luego de nuestra situación doméstica, encontramos diversos aspectos de ese campo aún no suficientemente explorado. Uno de ellos, de un valor primordial, es la revisión del Diario de los Debates del Congreso estadounidense, desde luego que de aquellos asuntos

que incumben concreta o tangencialmente a nuestro país. Ésta es una fuente histórica importantísima a la que se ha recurrido escasamente. En México son clásicos, en este tenor, los trabajos de Francisco Zarco y la *Historia del Congreso Extraordinario Constituyente de 1857*, o los del ingeniero Félix F. Palavicini en su obra *Los Diputados*, que registra diversas facetas de las intervenciones de los representantes populares encargados de redactar la Carta Magna de 1917. Es de notar que estos atisbos a los registros congresionales se han limitado a espacios de congresos constituyentes, principalmente, y no como esfuerzos sistemáticos del punto de vista de los legisladores sobre problemas específicos de interés nacional.

Por su parte, el estudio de la relación binacional se ha apoyado, en forma casi total, en las notas entre cancillerías, los informes rendidos por los jefes de Misión acreditados en ambos países, así como en la prensa. De lo anterior fue consciente José E. Iturriaga hace varios años, cuando en el verano de 1946 el entonces embajador ante la Unión Panamericana, Luis Quintanilla, le propuso a nombre del organismo una beca para estudiar en la biblioteca del Congreso de Estados Unidos algún aspecto de la relación entre los dos países. Para entonces Iturriaga era un joven intelectual inmerso en la inclemencia de las horas de estudio. Diversas vicisitudes e intereses inmediatos le hicieron rechazar el atractivo ofrecimiento y, como lo consigna, sumergirse en la fascinación de "la política del poder y los resortes de la administración pública" (p. 16) al lado de los maestros Héctor Pérez Martínez y Alfonso Caso,

El proyecto de investigación diseñado entonces, tan ambicioso como certero, consistía en acercarse al *Congressional Record* o Diario de los Debates del Congreso, para extraer la actitud de ese importante órgano ante las principales encrucijadas de la historia mexicana, lo cual comprendía casi doscientos años de labores de los legisladores estadounidenses. Pasó el tiempo y tres décadas después, siendo consejero del presidente Luis Echeverría, Iturriaga volvió al proyecto original. Llevar al cabo aquel de-

\* Extraído de "Refranes" de José E. Iturriaga, *La Jornada Semanal*, 14 de agosto de 1988.

<sup>1</sup> Ver, por ejemplo, Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, SEP (Lecturas Mexicanas núm. 3), 1983, cap. II.

señal juvenil significó enfrascarse en una misión ciclópica: cerca de un kilómetro de longitud sumarían —apunta como dato curioso el historiador— los lomos unidos de los volúmenes que alojan el material.

Nuevos cauces se abrieron a la investigación cuando la Cámara Alta decidió reproducir en microfilm el *Congressional Record* con motivo del bicentenario de la Declaración de Filadelfia de 1776. El resultado de la labor de revisión es impresionante: 40 mil cuartillas traducidas con tan sólo un pequeño equipo colaborador.

Reiterativos obstáculos impidieron la conclusión del proyecto. Por ello, quizá empujado por cierta desesperanza, José E. Iturriaga decidió dar a la imprenta una selección de discursos cámarales; así, muchos años después, con el mismo título ideado originalmente, la historiografía mexicana se enriquece con la aparición de *México en el Congreso de Estados Unidos*, coeditado por el Fondo de Cultura Económica y la Secretaría de Educación Pública en su encomiable y bien nutrida colección Cien de México.

El hecho ha sido recibido por el medio intelectual mexicano como un acontecimiento cultural. La razón de ello, como el Jano bifronte, tiene dos aspectos. Por un lado, y ya se ha pretendido esbozar, está la trascendencia del tema; por el otro el que sea éste, sorprendentemente, el primer libro de Iturriaga. Digo sorprendente, sobre todo, porque su prestigio es añejo. Así se entiende el que un influente diario ciudadano lo haya presentado como “el más grande conocedor de las relaciones entre Estados Unidos y México”.

Independientemente de que se esté o no de acuerdo con lo anterior —y creo que para el caso la afirmación es superflua—, el libro de Iturriaga conjuga cultura, amplio conocimiento histórico y gusto por la anécdota, a lo largo de una multitud de comentarios introductorios a los discursos presentados y en la infinidad de notas explicativas al pie. No obstante, esta generosidad, positiva desde un punto de vista pedagógico, llega a ser a veces reiterativa, dificultando la lectura.

Pasando al plano formal, el libro está compuesto de nueve capítulos, cada uno en sí una unidad, que consignan sendas intervenciones parlamentarias donde el tema de discusión es México. Se trata, a grandes rasgos, de la interpretación estadounidense de nuestros problemas y, por lo mismo, en ellos podemos vislumbrar antecedentes o líneas explicativas de la conducta de Estados Unidos hacia nuestro país.

Los temas no están necesariamente relacionados unos con otros y, dado su carácter de selección, en ellos encontramos los inicios de la relación bilateral, con un ensayo dedicado a la personalidad de Joel R. Poinsett —quien se descubre como precursor del monroísmo en su discurso pronunciado en

marzo de 1822 en su calidad de diputado por Charleston, Carolina del Sur—; opiniones de la guerra de 1846-1848; el papel de la Cámara de Representantes estadounidense ante la invitación que le hiciera el gobierno de Díaz para asistir a los festejos del centenario de la Independencia; el mensaje del presidente Woodrow Wilson ante el Congreso de su país el 27 de agosto de 1913, donde según el autor supera —por su velado intervencionismo en contra de México— “todas las marcas de una fraseología impregnada de hipocresía evangelizadora y de un lenguaje melifluido de profeta cristianizante”; la abierta participación del embajador en México y del secretario de Estado del presidente William Taft, Henry Lane Wilson y Philander Chase Knox, respectivamente, en los asesinatos de Madero y Pino Suárez y en la ascensión de Huerta al poder; las simpatías y antipatías del Partido Demócrata y del Republicano por las diferentes facciones revolucionarias de Villa y Carranza; los apoyos entre las filas del Congreso estadounidense al usurpador Huerta; la descarada propuesta del presidente James Buchanan al Poder Legislativo para invadir a México, enmarcada en la llamada *Guerra de los Tres Años* entre liberales y conservadores; o, por último, las ambiciones desmedidas de la Standard Oil Company en México.

A pesar de que el libro en cuestión no representa en su conjunto una unidad temática y únicamente nos relata episodios aislados sobre la historia de México, creo que es posible sustraer algunas ideas en cuanto al comportamiento del vecino del norte:

- El proceso de expansión estadounidense, iniciado por los ex colonos ingleses en América, obedeció a una lógica económica que sigue manifestándose en la actualidad. Esto está presente en cada discurso de *México en el Congreso de Estados Unidos*, e Iturriaga lo reitera parangonando las agresiones estadounidenses a México en el siglo pasado y principios del presente con las que hoy lleva a cabo en contra de Nicaragua y El Salvador.
- La confluencia de intereses en materia de política exterior entre la clase dominante y la opinión pública, ha permitido a Estados Unidos construir un andamiaje ideológico expansionista ante el cual no ha habido obstáculo moral que se anteponga a su paso. Que los principios y la buena voluntad se hacen a un lado con la misma facilidad con que se emiten, se ve, por ejemplo, en el capítulo IV, intitulado “Monumento a la hipocresía: el mensaje de Woodrow Wilson”; allí, en su mensaje del 27 de agosto de 1913 al Congreso, el ex rector de la Universidad de Princeton se proponía demostrar a México que la amistad de su gobierno “es auténtica”.

tica y desinteresada, capaz de todo sacrificio y manifestación generosa”, al tiempo que se comprometía a respetar las leyes de neutralidad de su país en el caso de la guerra civil que se vivía en México. El reverso de la moneda: apenas ocho meses transcurridos de esa declaración, Wilson ordena la ocupación del puerto de Veracruz; algo similar ocurriría dos años después, en 1914, al consignar la invasión a Chihuahua; o durante todo el tiempo que suministró armamento de contrabando a las distintas facciones en pugna.

- La visión con que el Congreso estadounidense ha analizado los problemas por los que ha atravesado México es predominantemente negativa. Para ellos, su vecino sureño ha sido, antes que nada, un espacio de expansión y riesgo permanente a su seguridad nacional. Esto no es absoluto, hemos tenido en el Congreso voces amigas que se han opuesto al obsesivo afán punitivo de sus compatriotas. Digno de mención es el ejemplo del senador por New Hampshire, John Parker Hale, quien rechazó solitariamente una iniciativa senatorial que agradecía a los jefes y oficiales del ejército estadounidense que hizo la guerra a México entre 1846-1848 por órdenes del presidente Polk, aguantando propuestas de linchamiento en su contra o de ser quemado en vida con un traje de plumas y brea por supuesta traición a su patria.
- El desconocimiento que de los hechos acaecidos en México ha privado entre los legisladores estadounidenses.
- En una gran cantidad de ocasiones la actitud de Estados Unidos hacia México se ha movido en relación con la política partidista, es decir, atendiendo a intereses electorales. Lo anterior se hace patente en el capítulo VI, que reproduce un fuerte debate sostenido en el Senado por republicanos y demócratas en donde México fue centro de la lucha electoral.

A estas alturas se habrá podido apreciar que estamos frente a un libro apasionado, lo que lleva a reflexionar —algo en que se nos adelanta el autor— el sentido de remover las viejas heridas. Iturriaga considera que de cambiar el comportamiento hacia América Latina toda, modificando también las relaciones de intercambio desigual, la política migratoria en el caso de México y respetando su política exterior, no durante un cuatrienio sino a lo largo de una generación, podríamos ir pensando en olvidar ese pasado. Mientras tanto —considera— “recordar aquello tiene el propósito de informar sobre tan vergonzosas etapas de su historia a los más atentos y justicieros norteamericanos, de la clase dominante y de la clase pensante”, para que contribuyan a rec-

tificar ese proceder. Nosotros, por nuestra parte, creemos que también debe servir al gobierno mexicano, y a todos aquellos grupos con capacidad de decisión dentro de la política exterior, como recordatorio de que descuidar la relación y el comportamiento de un vecino tan ambicioso como expansionista puede ir en contra de la soberanía, el territorio y la dignidad de México como nación.

*Fernando Tapia Jardón*